

Editorial

Capitalismo, pensamiento crítico y universidad pública

HUMBERTO MÁRQUEZ COVARRUBIAS

Vivimos en un imperioso sistema mundial capitalista que determina gran parte de las actividades de producción y reproducción, desde la vida cotidiana de las personas comunes hasta los procesos más complejos de trabajo científico-tecnológico, pasando por la actividad política, cultural y educativa. La pulsión de la ganancia y el mercado total carcomen al conjunto de la sociedad.

La moderna sociedad capitalista avanza sin reposo de forma contradictoria: entre el progreso material y la barbarie social. Las fuerzas productivas generan compulsivamente avances científico-tecnológicos plasmados en la informática, medicina, transportes, urbanización, grandes industrias, a costa de desencadenar la degradación humana y ambiental merced a la multiplicación de guerras de conquista, especulación, despojo, explotación, crisis. A la postre, esto significa una involución insustentable que desmantela las bases de la riqueza: naturaleza y sociedad.¹ Las crisis recurrentes del capitalismo, por la caída en los procesos de valorización, se convierten en un síndrome crónico de crisis civilizatoria, que en el primer tramo del siglo XXI entraña una gran recesión global y la descomposición del entrono socioambiental.²

Además del colapso material y cultural, la crisis civilizatoria del capitalismo también pue-

de diagnosticarse como una colosal enfermedad mental y mortal. Existe un profundo malestar en la sociedad capitalista que toma la forma enajenada de enfermedades mentales y psicosis, patologías que se derivan de las desigualdades, la explotación, la pobreza y el crimen social. El capitalismo significa una patología socioeconómica, una simbiosis entre crisis sistémicas y las patologías sociales (trastornos depresivos, angustias, estrés), una tendencia hacia la insalubridad mental y el desquiciamiento de las relaciones sociales. Al efecto, se pueden prescribir o tomar psicofármacos en los consultorios, o consumir enervantes provistos por el mercado negro, pero con ello no se resolverán las enfermedades sociales estructurales subyacentes.

No podemos olvidar que estamos situados en un lugar del mundo donde prima el capitalismo subdesarrollado y dependiente. La égida de los grandes monopolios, el acaparamiento de tierras, la violencia como mecanismo de despojo y la proletarización precarizante marcan la pauta de la cultura material, así como las pulsiones de una sociabilidad que engendra sujetos sociales atenzados, subalternos y enajenados, un tejido socio-cultural fascinado por los destellos del fetichismo de la mercancía y la cultura del espectáculo y una psicología social anodina que alienta la patología del crimen social y la subjetividad desvanecida por el trabajo enajenado, la subalternidad política, el consumismo adocenado y la ciudadanía reducida a la condición de espectador pasivo.

¹ Karl Marx, *El capital. El proceso de producción del capital*, tomo I, vol. 2, México, Siglo XXI, 1975.

² Humberto Márquez Covarrubias, «Urdimbres de la crisis del capitalismo: proceso histórico y colapso civilizatorio», *Estudios Críticos del Desarrollo*, vol. VII, núm. 12, 2017.

El antídoto más efectivo radica en la lucha política, social, más allá del espejismo del voto útil, para cambiar el estado de cosas, las relaciones estructurales, la maraña de enfermedades subyacentes que originan los síntomas de malestar social. Las luchas sociales requieren, sin embargo, renovar sus métodos y fundamentar su teoría a partir de la práctica. La fuerza motriz tendrá que ser la renovación del pensamiento crítico.

A diferencia de emitir una opinión, el acto de pensar significa emplear conceptos, definiciones previas sobre la materia de la cual se habla. Desde el ámbito universitario se precisa abordar los temas relevantes para la sociedad con un aparato conceptual crítico capaz de desbrozar la realidad, clarificar los procesos, analizar las contradicciones, observar las potencialidades de transformación. El pensamiento conceptual es un atributo del trabajo intelectual universitario que debe desplegarse en espacio abierto para debatir sobre temas cruciales.

El pensamiento crítico es un pensamiento de índole conceptual que tiene el cometido de poner en cuestión el pensamiento dominante, su ideología, la propaganda, la ciencia que lo respalda, los intereses que subyacen, los mecanismos de poder que lo sustentan.

El pensamiento dominante, que se ha pretendido único, corresponde a la cosmovisión e intereses materiales de las clases sociales dominantes. Para imponer su hegemonía (consenso más coerción), promueven una subjetividad alienada de individualismo, competencia, consumismo y hedonismo. Se trata de un pensamiento fragmentario, disperso y descontextualizado.

Frente al capitalismo, no todo pensamiento que critica algo es pensamiento crítico, pues su afán no es la impugnación sino la comprensión con vías a la transformación social.³ Desde esa óptica, se advierte que existe un pensamiento crítico que de hecho es conservador, incluso se puede atestiguar la presencia desmesurada de una crítica de la crítica con fines de aniquilación de la pretensión de transformación social. La criticidad pretende entender y transformar. Es la crítica de las relaciones sociales, las formas de subjetividad, donde la humanidad es explotada, dominada, humillada y violentada. Con objeto de superarlas y crear un mundo donde no prime el desarrollo capitalista (maximización de ganancias) sino donde sea posible el genuino desarrollo humano: la satisfacción de las necesidades radicales de la población y

el fomento de las capacidades críticas y creativas, el despliegue de las potencialidades intelectuales, estéticas, afectivas.

Un espacio privilegiado para el cultivo del pensamiento crítico es la universidad pública. Representa una institución que se ocupa de formar individuos capaces de pensar, discutir, criticar, proponer.⁴ Existe la necesidad de pensar críticamente, y de pensarlo todo cuanto constituye los fundamentos de la sociedad contemporánea, hacerlo desde una postura, en un contexto, y evitar ser pensados de antemano por las múltiples formas del colonialismo académico que imponen esquemas teóricos, generalmente diseñados en universidades de élite mundial, para ser trasplantados en los *campus* de las periferias del mundo. Pero se requiere pensar con sentido, con significado, desde una posición, un contexto, con criterio.

En los tiempos aciagos donde se castiga a la universidad pública, es inobjetable defender esta forma de institución, pero hacerlo con sentido autocrítico, para buscar formas de renovación, de actualización y de proyección hacia el futuro inmediato. Hay que superar las resistencias al cambio, la inercia que reproduce jerarquías y desigualdades, la parálisis del mando burocrático y la desconexión con la sociedad y los grandes problemas nacionales. No sólo es imprescindible defender a la universidad pública como una fuente de trabajo frente a la desvalorización y precarización, desde el punto de vista sindicalista. No sólo apuntalarle como una escalera de movilidad social y un espacio formador de ciudadanía crítica, desde un punto de vista estudiantil. No sólo rehabilitarla como un espacio de investigación, reflexión y difusión, desde un punto de vista científico. No sólo como un espacio de desarrollo personal y de trabajo colectivo, para los académicos, investigadores y gestores académicos. Sino además como un bien común social donde se asume que la educación pública superior es un derecho humano inatacable. La universidad es un espacio comunitario que permite un cierto desarrollo humano, pero que tiene que generalizarse al resto de la sociedad. No puede postrarse en el elitismo, la exclusión y el privilegio.

La universidad pública tiene la capacidad, el bagaje cultural, el personal, la disposición, para configurarse como intelectual colectivo, para ejercitar el pensamiento crítico, creativo y propositivo.

³ Karl Marx, «Tesis sobre Feuerbach», *Cuadernos Políticos*, núm. 10, 1976.

⁴ Jean Paul Sartre, *Alrededor del 68*, Losada, Buenos Aires, 1973.